

La protesta estudiantil: lo que no vieron los medios



ECONOMIA Y SOCIEDAD

Lunes, 19 de Septiembre de 2011 00:48

Una marcha callejera con harta más alegría que destrozos, que los medios no entendieron y que sin embargo dijo cosas de sustancia sobre lo que quieren y no quieren los jóvenes, sobre la educación y sobre Colombia misma.



La marcha en los noticieros



**Mario
Hernández
Álvarez***

**Fotos de
Ivan Otero
Gelabert****

El pasado 7 de septiembre salieron a las calles, una vez más, miles y miles de estudiantes, maestros de educación básica o secundaria y profesores de universidades públicas y privadas. Los medios informaron que se trataba de la conjunción entre la defensa del régimen especial en salud de los maestros y la protesta estudiantil por la reforma de la Ley 30 sobre educación superior. Parecía, entonces, un asunto del privilegio de unos y la inconformidad injustificada de otros. Injustificada, porque el presidente Santos ya había retirado a las instituciones con ánimo de lucro de la

propuesta de reforma.

En los noticieros de televisión se mostraron las “pintas” y las bombas de pintura lanzadas a las fachadas de los edificios por donde pasó la marcha. También se presentó muchas veces la imagen de los agentes de la fuerza antidisturbios con sus escudos y sus cascos pintados de todos los colores. Esta imagen fue comentada como una burla a la fuerza pública y como una muestra de debilidad de su parte, que debía ser investigada por los organismos de control.



Esta manera de presentar el asunto es, por lo menos, superficial. Como tal, no permite entender qué pasa en la educación ni cuáles son los motivos reales de la movilización. Por el contrario, hace pensar que todo es un capricho de unos pocos y una peligrosa permisividad de la fuerza pública. Poco aporte se hace desde esta perspectiva a la construcción de democracia. Es necesario profundizar e ir más allá de la pintura.

No fue simple vandalismo



En varias ciudades se presentó, además de la marcha, la habitual confrontación entre la fuerza pública y un grupo de encapuchados. En Bogotá no hubo papas explosivas, sino bombas de pintura, muchas pintas o grafitis de todo tipo, algunos vidrios rotos y casi ninguna papa explosiva.

Cuando unos pocos intentaron agredir e instigar a la fuerza pública, hubo expresiones mayoritarias de rechazo por parte de los marchantes a las acciones violentas que aplacaron la agresión.

Los policías lograron soportar las provocaciones que claramente eran muy diferentes de las habituales. No eran papas explosivas ni piedras ni palos. Eran bombas de color, como las del juego de *Paint-ball*. Una payasa apuntaba a la fila de policías con su bolillo de malabares. ¿No hay algo diferente en esta expresión de protesta? ¿No ha cambiado algo respecto de la tradicional confrontación? En principio, sí, aunque no se quiera aceptar.



Todo fue presentado como un acto vandálico inaceptable y se calculó el costo de la limpieza y de los vidrios rotos en más de 100 millones de pesos. La disminución de las ventas costó supuestamente más de 500 millones.

Si bien las pinturas pueden constituir una agresión, también son formas de expresión que muchas sociedades toleran con más tranquilidad. Las bellas imágenes que resultaron de esta manifestación, fueron leídas sólo como agresión. ¿No cabía otra lectura? Sí, pero los medios cerraron la puerta.

Por qué temer la protesta



Cabe preguntarse por qué se cierra la puerta a otra interpretación. La explicación de fondo puede estar en la persistencia del conflicto armado en Colombia. No es un asunto natural o moral. Es histórico y específico.

La polarización alrededor de la acción armada produce una rápida asociación entre la protesta social y la confrontación que sostiene la guerra. La oposición se asocia con guerra o con la justificación de la guerra. Por esto se acude a la imagen de “unidad nacional” y se dejan al margen las posiciones llamadas “radicales”.

Precisamente por este estrecho margen, desde el profesorado hemos insistido en que cualquier expresión que pueda ser considerada agresión, deslegitima la protesta universitaria. Aún así, es necesario pasar a una interpretación de la pintura y su fondo, para no acallar esta o cualquier tipo de protesta.

Lo que se ve



Muchas de las pintas fueron puestas en las fachadas de los edificios de varias instituciones del Estado. Los vidrios rotos fueron los de algunos bancos y vitrinas enormes de grandes ventas de carros. El aviso del almacén Éxito fue complementado con muchas frases. Tal vez la más visible fue: “Éxito... ¿para quién?”.



Sin duda, todo esto habla de transgresión. Los estudiantes

no quieren las instituciones que dicen representarlos. Tampoco las enormes ganancias de los bancos y de los vendedores de carros. Menos el éxito de los almacenes Éxito, que ya no son orgullo paisa, sino una enorme transnacional que acumula ganancias mucho más allá de la modesta economía nacional, aunque pague impuestos que resultan proporcionalmente ridículos.

La consabida consigna de “no a la reforma de la Ley 30”, se complementó con otras como “PND = muerte forestal”, o “menos guerra más educación”. Entre tanto, una mariposa gigante caminaba con un letrero muy visible: “alas para una Colombia educada y libre”. Un payaso cargaba una nube que decía: “Si saber no es un derecho, debe ser un izquierdo”. Una estudiante decidió pintar en su cara: “Educación con dignidad”.

Claro que se ve feo el letrero del Éxito con tantas pintas por todas partes, pero ¿no hace falta leer esa letra fea, hecha a la carrera?

Lo que no se ve



La pintura de las paredes no dejó ver que la marcha en Bogotá fue, otra vez, multitudinaria. Nadie habló del número. Pero para la democracia los números importan. Tampoco dejó ver que la confluencia entre maestros de la educación

básica y secundaria con el movimiento universitario va más allá de ponerse una cita en la calle para defender cada uno lo suyo.

Confluyen en la idea de la educación como derecho y no como negocio. La confluencia viene dándose en el último año, precisamente porque la educación, en todos sus niveles, está mostrando que, a pesar del aumento de coberturas, aún insuficientes, la calidad está por el suelo y las desigualdades en la educación para ricos, medios y pobres es evidente. Y sólo una inversión decidida de la sociedad, a través del Estado, podría superar la reproducción de la desigualdad social, a través de la educación.

Este es un efecto perverso del modelo de competencia entre público-privado, con subsidio para pobres, con sistema de concesión y crédito educativo para la educación superior, que se ha venido desarrollando desde los años 90. Como en salud, la lógica de mercado, aunque tenga mecanismos de regulación, tiende a acumular los esfuerzos de la sociedad en unos pocos, mientras reproduce la desigualdad social existente.

La lógica del sistema educativo actual



No se trata de tener o no tener instituciones con ánimo de lucro. De hecho, las instituciones sin ánimo de lucro han

crecido gracias a que el negocio de la educación no es malo. Se trata de un modelo de organización del sistema educativo que ha venido delegando la educación a la lógica empresarial, incluso, en las instituciones públicas, debido a una convicción incuestionable en las bondades de la competencia.

Se olvida que la educación es un bien complejo, que entre más se invierte en tecnología y conocimiento más costosa es y, por lo tanto, más difícil acceder a ella. Si se deja a la libre competencia y el Estado se convierte en un banco que les presta a las familias para que entren a ese mercado, no se está haciendo más que reproducir la relación entre nivel y calidad de educación desigual, según la capacidad de pago de las familias.



Mientras las familias se endeudan cada vez más, se fortalece la acumulación financiera y se abandona el proyecto de una inversión pública decidida, sostenida y suficiente. &

El modelo es similar al que se ha aplicado en el sector salud desde la Ley 100 de 1993, donde la crisis habla por sí sola. Si se entienden la salud y la educación como derechos fundamentales, ligados a la condición de ciudadanos y no a la capacidad de pago de las personas, el asunto es a otro precio.

¿Qué quieren los estudiantes?



Los mensajes que no dejan ver la pintura en los escudos y los cascos policiales están diciendo lo que no quieren y lo que quieren los estudiantes. Entiendo que no quieren el estado actual de cosas en Colombia. Y que quieren reemplazar la guerra con educación. Y que la educación les significa libertad y dignidad.

Si estoy entendiendo bien, comparto, de manera decidida, su aspiración y su mensaje, aunque tengan que lavarse las fachadas.



**** Médico, especialista en Bioética, magíster y doctor en Historia, Profesor Asociado del Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.***